

La Elegancia.



C. DELAVIGNE.



MODAS.

En lo que llevamos del mes, nada hay que añadir al artículo que publicamos en su número primero.

Vemos á las elegantes madrileñas en una anarquía completa, presentándose en las reuniones y paseos, unas con los magníficos trages de invierno, que se duda si ya ha muerto, otras con los ligeros y sueltos de la primavera, que no se sabe si continuará tan benigna como en los días transcurridos.

Si la plaza de los toros no fuese para una reunion que puede llamarse especial, por mas que las personas sean las que concurren á las demás partes; si el tipo del español en esta fiesta, que tanto trata de asimilarse al andaluz, no diese á los trages un aire y tendencia que durará largo tiempo, diríamos que las mantillas blancas se hallan en toda voga, particularmente con vestido negro, y dejando flotar algunos tirabuzones alrededor de las sienes, los que exigen una peineta para el rodete, de plata, acero, azabache ú oro, con piedras preciosas, como ya hemos visto una.

La presencia de nuestra Reina en estos espectáculos arrastra hoy á toda la aristocracia, y acaso de la Soberana han tomado nuestras bellas el ejemplo para presentarse tan pronto con las mantillas blancas. Si esto fuese así, seguramente no hallarían jamás un jefe mas digno para la elegancia y el buen gusto.

Los hombres, con su eterno pantalon sin trabillas, pero exigiendo cada dia mas el que sea á grandes cuadros; con sus paletots, los fracs de faldon corto, el pelo en huida, y los sombreros de altura media, haciendo un poco de campana, pero con muy poca ala, parecen estacionados y como agenos á la variacion que vá París preparando.

Ya este invierno se habian presentado algunos fracs de negligé de mañana de patencures á cuadros; esta idea obtuvo poco séquito; mas ahora parece encontrar mas y mejor acogida con los cachemires de primavera. Un frac de esta clase requiere el pantalon á cuadros y el chaleco tambien.

RESEÑA HISTORICA

DE LOS TRAGES, DEL LUJO Y DE LAS MODAS.

Artículo 3.º

Generalmente las naciones que no han progresado en las artes ni en la industria ocupan su atencion en los objetos mas sencillos que presenta la naturaleza; pero aun en esto buscan lo raro y esquisito, bien sea para adornarse ó para distinguirse: caprichos de plumas, sertas de perlas, háros de oro ó plata, y otros varios géneros de esta clase, hé aquí lo que constituye su lujo, y en lo que fundan toda su vanidad. No solo en España, sino en Italia, Francia y otras naciones de Europa, en los primeros siglos, la gala principal consistia en los armiños, nutrias y otras pieles delicadas, particularmente en las que llamaban *peñas veras*, de la que se hace muy frecuente mencion en nuestras historias.

Este género de lujo, á primera vista, no cho- ca tanto como aquellos en cuya composicion entra el oro y la plata; porque como el brillo de estos dos metales los hacen mas vistosos, y la opinion general los tiene recibidos por las materias mas apreciabiles, nada parece que puede llenar mas la vanidad y el deseo de distinguirse, que la profusion en su uso. Pero quien reflexione que el coste, así de la materia como de la forma de los adornos, consiste principalmente en lo

raro del género y en la forma de las hechuras, no se debe dejar llevar de la primera impresion, ni preferir á un lujo, que aunque muy brillante cuesta menos, á otro que cuesta mas y es sin comparacion mucho mas perjudicial y ruinoso; porque considerado en sí nada vale.

Sin duda habian llegado ya á experimentar-se en 1252 los perjuicios de este género de lujo, pues en uno de los capítulos del citado Ordenamiento de Sevilla se pone tasa á todos los géneros de pieles que entonces se conocian; y en las Córtes de Valladolid por los años de 1258 quedan enteramente prohibidas para la generalidad del pueblo, solo esceptuando el monarca y algunos caballeros privilegiados.

En aquellos tiempos el lujo de la pedrería no podria ser muy exorbitante, puesto que aun no se habia introducido: entonces únicamente se conocia el aljofar, y aun el uso de este se les prohibió á las mujeres en el Ordenamiento de Sevilla. Los rubíes, turquesas, esmeraldas, diamantes y demás piedras preciosas no se veian sino en algunas alhajas de los reyes y de los templos.

Lo que mas ha contribuido en todos tiempos á que las leyes suntuarias no se hayan observado con todo rigor, ha sido generalmente la política seguida por los mismos que las dictáran. Don Alonso el Sábio, al mismo tiempo que procuraba contener los escesos del lujo publicando leyes suntuarias, estaba componiendo otras con las que avivaba el deseo de enriquecerse, y proponia los medios mas oportunos para conseguirlo, aumentando la distincion de las clases en los vestidos, promoviendo la civilizacion y la cultura, fomentando la industria y protegiendo las artes por medio de distinguidos premios. Esto nos demuestra cuán adelantada estaba ya la cultura de España en un siglo en que las naciones de Europa, á escepcion de Italia, estaban todavía sumergidas en la ignorancia y la barbarie.

Al mismo tiempo que esta cultura iba progresando en nuestra nacion, preparándola para su mayor grandeza, desenvolvía y fermentaba las

pasiones y los vicios que son consiguientes á la opulencia, á la abundancia y á la ilustracion: el hombre campaba ya, por decirlo así, en una esfera mas alta, mas dilatada, y no podia contentarse con los objetos que le legáran sus antepasados; era necesario inventar, discurrir cosas nuevas; innovar y perfeccionar las ya conocidas: la variedad, es decir, la moda, se hacia de una necesidad absoluta, imprescindible, no solo en la alta sociedad, sino aun en la clase media. Pero muy poco tiempo tuvieron que refrenar sus deseos y privarse de la ostentacion y del lujo, en la escala que correspondia á los adelantos de la época, debidos en gran parte á las sábias disposiciones de aquel gran monarca: el génio inventor, que jamás descansa, ayudado del estímulo y de las luces del siglo, no tardó en presentar al hombre los caprichos mas deliciosos y agradables con que satisfacer su vanidad; y la introduccion de géneros estraños y desconocidos; de telas primorosas y delicadas; de artes nuevas, y en fin, de gremios ocupados únicamente en el fomento y la produccion de objetos de que hasta entonces se careciera, acabó de llenar el gran vacío que se notaba á medida que iba progresando la civilizacion.

Pero si la civilizacion y la cultura traen muchos bienes á la sociedad, no dejan tambien de ocasionarla bastantes daños. Distraida la atencion á mayor número de objetos, los efectos no son tan vivos ni tan impetuosos, porque ya nada se aprecia, todo es igual, y es necesario mucho para distinguirse; y como en algunas ocasiones es preciso aparentar y manifestarse poseedores de lo que no existe, el arte y el estudio ha de suplir necesariamente lo que falta en el fondo y en la realidad; con este motivo todo se falsifica, todo se finge, y esto mismo hace que caigan en desprecio las materias mas preciosas.

M. M.

GERARDO Y EMILIA.

NOVELA.

Cambio de sentimientos.

(Conclusion.)

Tal es el destino de las obras de los hombres!... El bellísimo acto segundo de *La mujer de un artista*, ejecutado con la mayor maestría, entusiasmaba conmoviendo á todos los concurrentes; solo Gerardo, y acaso el conde, sufrían de una manera indecible: ¡jamás espectáculo alguno produjo una impresion mas desagradable!

Parecía á Gerardo largo y pesado *el acto*, cuando apenas se habia empezado; creia que los actores recitaban con mas calma que la que debieran, y en fin, á tanto llegó su desasosiego y mal-estar, que se levantó bruscamente, y salió precipitado al café con que comunica el teatro. Al pasar la puerta alzó la vista al palco de Emilia; estaba sola... su fisonomía espresaba su habitual melancolía... y parecia desdeñar al público entero con su mirada fija en la escena.

El ruido natural que Gerardo hizo en su salida llevó tras sí algunas miradas; mas cuando el jóven contemplaba momentáneamente á Emilia, esta le miraba tambien. Todo fué rápido, veloz como el pensamiento; pero Gerardo ya no pudo dudar, ni Emilia contener un ligero estremecimiento.

No nos detendremos en relatar el cúmulo de ideas y sentimientos que á la vez asaltaron á Gerardo; basta verle caer, mas bien que sentarse en una silla, y arrojando su sombrero á un lado, enterrar la cabeza en ambos puños crispados y temblorosos, como persona enagenada. De esta manera se le hacia tal vez corto el tiempo que duró la representacion, porque en su innoble

postura vino á sorprenderle una voz, que con la mas afectuosa solicitud pronunció su nombre.

—Gerardo!!...

—¿Qué hay? contestó el jóven sin levantar la cabeza, y casi con enojo.

—Por Dios.... ¿no merezco á mi amigo otro saludo?

Esta pregunta le hizo alzar la frente, plegada aun por los mas terribles pensamientos, y alargando la mano, dijo:—Dispénsame V., Romero, sufría mucho en este momento.

—Mayor razon para que yo procure distraer á mi querido Gerardo.

—Eso es lo que temo.

—¿Cómo!... ¿Teme V. distraerse?

—Sí, porque V. siempre lo ha conseguido. Bien conozco lo que le debo, y están indelebles en mi corazon los beneficios que como amigo, casi como mi padre.... me ha dispensado V. La tranquilidad que gozaba, mi bienestar, ahora perdido para siempre, todo lo debo á V.; pero necesitaba en este momento dejarme dominar de mis ideas y horribles designios.... porque....

—¿Por qué? ; Tiemblo al oir esas palabras!...

—Es inútil; he dicho demasiado.

—No, Gerardo: yo sé bien lo que pasa en ese pecho. Dos meses hace que faltaba de Sevilla, y otro tanto tiempo que no dejaba de buscar un medio de hacer á V. feliz: creo haberlo conseguido; pero me lisonjearía mucho que V. me confesase lo que piensa y lo que tenia proyectado.

—Nada: no era nada.

—La misma reserva siempre: está bien. ¿Al menos no me negará V. un favor?...

—Cuanto V. mande.

—Pero aquí llega el conde del Juncal, y puede ganar mucho mi intento.

En efecto, el conde, buscando á Gerardo, habia salido tambien al café, en el que respetando su coloquio con Romero, no hacia mas que pasearse: mas la frase de este y el ademan con que generalmente se acompaña, le hizo acercarse, saludando con desenfado á los dos.

En las capitales de provincia generalmente se conocen todas las personas de la primera gerarquía; así que el conde casi podía llamarse amigo de Romero; pues tanto era lo que este le apreciaba por sus nobles sentimientos, por su carácter bondadoso, y sobre todo, por el buen talento con que sabia conducirse en cuanto intervenia.

Romero sabia la historia de los amores del conde, si bien no conocia á su amada, hasta que vino á deducir que era la Emilia que tantos suspiros arrancaba al pecho de Gerardo, por la conversacion que durante algunos minutos sostuvieron los tres.

Apenas esta sospecha se hubo fijado en el pun-donoroso Romero continuó:

—¿Y por qué, conde, no correis á visitar á vuestra amante?

—No me atrevo; llamaríamos la atencion de todos, y eso sería imprudente. Al salir la seguiré, y en su casa solamente tendré valor para presentarme.

Quedó Romero suspenso un momento, y despues de cambiar la conversacion, haciéndola recaer sobre la ejecucion del drama, y otras frivolidades, se despidió cortesmente de los dos jóvenes, citándolos para las once de la siguiente mañana en casa del conde, para un asunto que le interesaba sobremanera.

Gerardo y el conde, alabando las bellas cualidades de Romero, y volviendo despues á su cuestion favorita de amores, distrajeron aun algunos minutos que faltaban para continuar la funcion, volviendo al teatro pronunciando estas palabras:

—Creo, Gerardo, que se ha quedado V. pensativo y sombrío.

—Sí, conde, mi corazon sufre mucho, y mi cabeza no basta á esplicar lo que veo.

—Pero, ¿qué es ello?

—Un desengaño terrible, ó un engaño horroroso: me inclino á lo primero, porque mi corazon experimenta una especie de desprecio compasivo hácia....

—¿Hácia quién?...

—Es un secreto; debemos no tocarle.

En este momento, sentándose en sus lunetas, dirigieron ambos su vista al palco de Emilia.... habia desaparecido....

El conde quiso salir al momento, pero reflexionando en la inutilidad de este paso, que entonces podria llamar la atencion, se resignó á dejar correr indiferente el resto de la funcion, batallando con su imaginacion y con su pecho.

En la mañana siguiente á las once y media cruzaban la plaza de San Francisco el conde y Gerardo en compañía de Romero. Una ráfaga traidora dejó oir estas palabras del último:—Me caso, porque el hallar una mujer virtuosa solo sucede una vez.

Siguieron aun algunos pasos por la calle de Génova, hasta una casa de mediano aspecto, pero cuyo zagüan, así como las cancelas y el patio, brillaban por su limpieza. Cien macetas, llenas de perfumadas flores, encantaban la vista embalsamando el aire; y los dos jóvenes quedaron sorprendidos del lujo y aseo de aquella casa de hospedaje.

Llegaron por fin á una hermosa y alegre sala, donde anunciados por Romero saludaron absortos á Emilia, que se hallaba sola acariciando un perro de lanas diminuto.

El conde casi ciego iba á echarse á sus pies, cuando Emilia, con una serenidad sorprendente, que solo adquieren las mujeres con la costumbre de abusar de sus encantos, engañando á cuantos abrigan nobleza de sentimientos, dijo dirigiéndose á Romero:

—Tengo un placer en ver por vez primera al Sr. conde del Juncal, y al Sr. de Mendoza.

Gerardo, reprimiendo malamente su indignacion, repuso:—Y yo, señora, me felicito de ver á la bella Emilia, próxima á enlazarse con el Sr. Romero.

—¿Cómo? gritó el conde; ¿la señora se llama Emilia? ¿pues no dije que era Julia?...

—Por cierto que me apesadumbra, contestó

Emilia, el despertar en ustedes recuerdos que veo no les son muy agradables; pero nunca tuve esos nombres; el mío es Aurora.

Todos quedaron suspensos con esta nueva osadía. Romero, sin embargo, sonriendo, dijo á Emilia: «ya era forzoso, amable Aurora, que una criatura tan digna se inutilizase en Sevilla; y aun lo era mas el volver la paz y la tranquilidad al apasionado Gerardo y al noble conde del Juncal; usted, que ha sido Julia con el conde, Emilia con Gerardo, y para lograr un matrimonio, Aurora conmigo, no me dejará mal en este momento.»

—¿Cómo, Romero, se atreve V. á suponer en mí semejante alevosía?

—Nada supongo; porque sé bien lo que digo. Anoche no quise hacer subir á nuestro palco á estos amigos, á pesar de que esa era mi intención, por evitar el ridículo; pero hoy, y aquí solos, es muy diferente.

—No sé, Romero, si esto era un artificio para sonrojarme y renunciar al matrimonio, ó si en efecto cree usted lo que me dice; pero *yo juro* por todo lo sagrado de este mundo, que nunca habia tratado ni aun visto á estos dos caballeros.

Al escuchar este solemne juramento, Gerardo y el conde miraron asombrados á Emilia, casi dudando de si podria ser la que habian amado: pero Romero, tan hábil como cauto, tenia bien dispuesto el desenlace. Salió sin despedirse, y mientras Emilia defendiéndose parecia querer interesar, y aun diremos enamorar al conde, se oyeron pasos que acercándose pausadamente, dejaron ver de nuevo á Romero que traia á su lado á la nodriza del hijo de Emilia.

A esta elocuente manifestacion de la verdad en todo lo que habia dicho Romero, palideció Emilia, cubrió su rostro con ambas manos, y lanzando un gemido de desesperacion, murmuró entre dientes: ¡Insensata!... cuán torpe fuí.

—Basta, dijo Gerardo levantando su mirada con altivez; gracias, Romero, ¡me habeis salvado!

Iban á partir los tres, cuando Emilia, haciendo un esfuerzo desesperado y con los ojos encendidos en llanto, se arrojó á los pies del conde, recordándole su amor y su hijo.

—¡Es ya imposible!... gritó el conde.

Y sin proferir mas palabra salieron los tres con el corazon lleno de desprecio hácia aquella mujer, que así habia abusado de su hermosura sin interesar jamás su alma.

G. S.

LA CRUZ DE SANTIAGO.

LEYENDA.

III.

El Reto.

Al dintel de noble casa
Un enjambre de curiosos
Van de golpe, tumultuosos,
Por ver lo que adentro pasa,

Y en el grupo observador
Tambien se vieron parar
Dos nobles, que tal juzgar
Hace solo su exterior.

Era el uno tan galan,
Que pidiendo cortesmente
Le abriese calle la gente,
Mostróles luego á Don Juan;

De quien las luces distantes
Dejaron ver como espuma,
Sobre el sombrero una pluma
Con presilla de diamantes,

Y del trage, trecho á trecho,
Bordaduras de oro y plata,

Y color puro escarlata
La cruz de Santiago al pecho.

Y pues que de boda están
En la casa, y hay funcion,
Llegaba en esta ocasion
El novio, que era Don Juan.

Mas el otro caballero,
De quien solo se veía
La capa que le envolvía
Y su anchuroso sombrero,

Saliendo de entre el tropel
A la calle que cruzó,
Con intencion se situó
Porque se topase en él;

Si bien con tono galante
Y eficaz cortesanía,
Don Juan el paso pedia
Al caballero insultante,

Que ni el rostro alzar consiente,
Ni consiente en responder,
Dando claro á conocer
Que es Don Pedro Venavente.

Mas Don Juan dió en porfiar
Pidiendo paso adelante,
Y así, con torvo semblante,
Hubo Don Pedro de hablar.

—«Mirad lo que vais á hacer,
»Si quereis entrar aquí;
»O pasais por sobre mí,
»O vereis cómo ha de ser.»

Calló Don Juan, y salió
Nuevo camino á buscar,
Tratando así de evitar
Lo que al cabo sucedió;

Pues Don Pedro con furor:
—«Si es que así escusais vilmente
»Medir fuerzas frente á frente
»Con este audaz retador,

»En el campo se rescata,»
Gritó lleno de despecho,
Arrancándole del pecho
La cruz ancha de escarlata.

DON JUAN.

—«Si atrevido y sin razon
»Me provocais á lidiar,
»La cruz sabré rescatar
»Cruzándoos el corazon.

»Que si la razon no sé
»Del ultraje que sufrí,
»Razon ya me sobra á mí,
»Y al reto contad que iré;

»Mas voto por Cristo os hago
»Que ha de ser la lid á muerte,
»Que solo sé de esta suerte
»Recobrar la de Santiago.»

—«Pues al campo.»—«Al campo voy,
»Y no he de tardar, pardiez,
»Que antes de sonar las diez
»O muerto ó vengado estoy.»

—«¿Espada ó daga, Don Juan?»
—«Llevad entrambas allí,
»Que tengo yo para mí
»Que nada os estorbarán.»

Fuertemente se apretaron
Las manos con altivez,
Y cada cual á su vez
Las espaldas se tornaron.

Y la chusma, como ahora,
Manifestando denuedo,
Por no confesar su miedo
Se ahuyentó murmuradora.

IV.

Reveses de la fortuna.

Es la vida miserable,
Y poco la dicha dura,
Que siempre un goce presagia
Reveses de la fortuna;

Y cuando felicidades
Vemos que en redor se agrupan,
Es porque siguiendo vienen
Penas, males y amarguras.

Por eso estaba Doña Ana
Aguardando su ventura,